

CAPITULO



CENTRO
EDITOR
DE AMERICA
LATINA

la historia de la literatura argentina

13

El ensayo en
la época romántica



CAPITULO

la historia de la literatura argentina

13. El ensayo en la época romántica

Este fascículo ha sido preparado por el profesor Adolfo Prieto, y redactado en el Departamento Literario del Centro Editor de América Latina.

CAPITULO constituirá, a través de sus 56 fascículos, una Historia de la Literatura Argentina, ordenada cronológicamente desde la Conquista y la Colonia hasta nuestros días. El material gráfico con que se ilustrará la Historia, estrechamente vinculado con el texto, brindará a los lectores una visión viva y amena de nuestra literatura y del país. Cada fascículo será, a su vez, un trabajo orgánico y completo sobre un aspecto, tendencia, período o autor de nuestras letras.

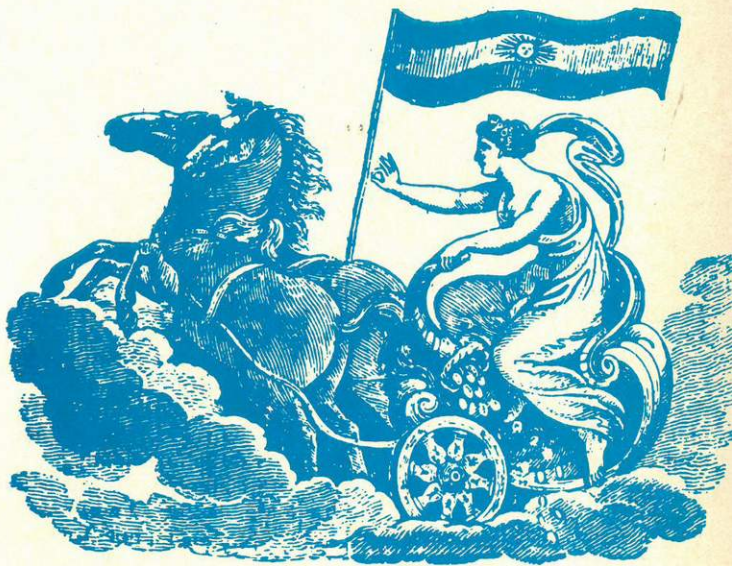
En CAPITULO N° 14:

EL ENSAYO: DOMINGO FAUSTINO SARMIENTO

- VIDA DE SARMIENTO
- EL "FACUNDO"
- LOS "RECUERDOS DE PROVINCIA"
- FACUNDO Y EL CANTAR NACIONAL
- SARMIENTO Y EL PROBLEMA DE LA LENGUA NACIONAL
- INFLUENCIA DE SARMIENTO

y junto con el fascículo, el libro
FACUNDO, de

Domingo Faustino Sarmiento.



El ensayo en la época romántica

T.H.D. = ya Centralista o Unitario voluntad de estar en el primer federal. Puntos lo confunde Valor del dogma = impulso idios.

La voluntad de independencia política, expresada en la decisión del Cabildo de Buenos Aires el 25 de Mayo de 1810, ratificada por los representantes de las provincias en el Congreso de Tucumán el 9 de Julio de 1816 y vigorizada en el fragor de los encuentros bélicos que concluyeron con el poderío militar de la metrópoli española en Sudamérica, no siguió la misma línea de realizaciones en el orden interno. Por lo contrario, a medida que se desmadraba el hilo de los acontecimientos, la fisonomía de la antigua colonia mostraba de más en más el relieve de conflictos que parecían entumecidos en los engranajes del viejo aparato administrativo, y revelaba la presencia de otros, precipitados y engrandecidos por la novedad del ejercicio del gobierno.

Bajo la denominación de "unitarios" y de "federales" se englobaron las dos tendencias mayores surgidas del seno de la Revolución. Los unitarios, que se consideraban a sí mismos ejecutores de la ideología revolucionaria, propendían a un gobierno fuertemente centralista en el que se reservaba, de hecho, un lugar decisivo a la provincia de Buenos Aires y a los intereses de su rica actividad portuaria. Los federales no renegaban del proyecto de unidad nacional, pero ponían el acento en las diferencias localistas y buscaban una proporcionada atención a sus intereses. Los primeros encontraron su expresión en estadistas imbuidos de los esquemas y las premisas de la literatura política europea; los segundos fueron cabalmente expresados por los caudillos, hombres de inquestionable prestigio personal que contaron, casi siempre, con el apoyo de las masas populares.

Los unitarios, urgidos por el afán de modernizar el país y de ubicarlo en el nivel de los más adelantados del mundo, importaban las fórmulas que en éstos se habían acreditado como

eficaces: el libre cambio, la instrucción pública, el sufragio universal.

Los federales, recelosos del mundo exterior, se mostraban más atentos a las tradiciones inculcadas durante la dominación hispánica.

Estas dos tendencias, desgraciadamente, no agotaron las profundas tensiones de que estaban dotadas en la mera discusión ideológica, en la polémica partidista o en la oratoria vertida en los frecuentes y frustrados congresos que se convocaron para resolver las características constitucionales del nuevo gobierno. A la violencia verbal se acompañó a menudo la violencia física, y fue tan intemperante y dura la actitud de los grupos antagónicos que al promediar la segunda década de vida independiente parecían ya rotas sin remedio las posibilidades de un acuerdo que contribuyera a asentar la unidad nacional. Rivadavia, el más esclarecido representante de la tendencia unitaria, renunció al cargo de presidente constitucional en 1827, y un año después Manuel Dorrego, su más franco adversario en el Congreso, muere bajo las balas de un pelotón de fusilamiento dispuesto por el general Juan Lavalle, de la fracción unitaria. La guerra civil elige entonces un escenario adecuado y moviliza verdaderos ejércitos para dirimir las cuestiones de partido: Puente de Márquez, La Tablada, Oncativo, La Ciudadela, evocan los nombres de batallas en las que se comprometieron contingentes tan vastos o se jugaron estrategias tan agudas como las que destacaron algunas de las batallas libradas por el ejército libertador del general San Martín en Chile y en Perú.

En 1835, al concederse a Rosas la suma del poder público en la provincia de Buenos Aires, se establece una suerte de equilibrio entre los diversos caudillos que representan la causa federal. Derrotados, muertos o



Manuel Dorrego



Juan Lavalle (óleo de L. Boisin, en el Museo Histórico Naci

La generación del 37 es, en realidad, del 38

La Asociación de la Joven Argentina, llamada posteriormente, por Echeverría, Asociación de Mayo, contó entre sus miembros más notorios a los porteños: Echeverría, Alberdi, Gutiérrez, Vicente Fidel López, y a los provincianos: Quiroga, Rosas, Sarmiento, Aberastain, Cortínez, Villafañe, Marco Avellaneda. Poco después de su fundación, y desde el exterior, trabajaron por la Asociación, además de algunos de los nombrados que eligieron el exilio, hombres como Mitre, Tejedor, Demetrio Peña.

Un descuido de Echeverría al fechar la cronología de la Asociación de la Joven Argentina permitió que durante mucho tiempo se considerara al año 1837 como el año de fundación de la misma. Una ajustada compulsión documental ha despejado ese error, trasladando al año siguiente el acto inaugural de la Asociación. La tradición ha contribuido a afianzar el notable lapsus de Echeverría, llamando al grupo de personalidades que irrumpió a la vida pública al promediar la tercera década del siglo XIX "generación de 1837", englobando en el mismo año la inauguración del Salón Literario (junio de 1837) y la fundación de la Asociación de la Joven Argentina (junio de 1838).



Esteban Echeverría
(dibujo de Salucci de 1849)

proscriptos, los unitarios despejan el campo para una paz que se abre, como un largo compás de espera, hasta la víspera de la batalla de Caseros, en el año 1852. En la secuencia temporal cubierta en sus extremos por las dos fechas indicadas, una nueva generación surge al interés de los asuntos públicos y concluye por ejercer una notable influencia sobre ellos. Esta generación, integrada por hombres cuyo eje cronológico de nacimiento coincide, aproximadamente, con el eje cronológico de la gesta revolucionaria de 1810, adviene a la madurez intelectual en los años en que el triunfo de los caudillos federales se solidifica con la definitiva preeminencia de Rosas en la provincia de Buenos Aires.

El pensamiento de Echeverría. — Así describe Esteban Echeverría (1805-1851) la situación política y social del país en el momento en que los jóvenes que promedian los veinte o veinticinco años de edad pretenden insertar sus destinos individuales en el entramado de la vida pública: "La sociedad argentina estaba entonces dividida en dos facciones irreconciliables por sus odios como por sus tendencias, que se habían largo tiempo despedazado en los campos de batalla: la facción federal vencedora, que se apoyaba en las masas populares y era la expresión genuina de sus instintos semibárbaros y la facción unitaria, minoría vencida, con buenas tendencias, pero sin bases locales de criterio socialista, y algo antipática por sus arranques soberbios de exclusivismo y supremacía.

"Había, entretanto, crecido, sin mezclarse en esas guerras fratricidas, ni participar de esos odios, en el seno de esa sociedad una generación nueva, que por su edad, su educación, su posición, debía aspirar y aspiraba a ocuparse de la cosa pública.



Página de El Grito Argentino (1840), periódico que los proscritos publicaban en Montevideo

Naci

Los hombres que habrían de moldear el pensamiento argentino que daría bases a la organización nacional, nacen en los años de la Revolución y llegan a la madurez en la época del triunfo de los caudillos federales y del surgimiento de Rosas. Es el caso de Echeverría, de Alberdi, de Juan María Gutiérrez.



El Salón Literario (óleo de Alberto Rossi)

“...La situación moral de esa juventud viril debía ser por lo mismo desesperante, inaudita. Los federales, satisfechos con el poder, habían llegado al colmo de sus ambiciones. Los unitarios en el destierro, fraguando intrigas oscuras, se alimentaban con esperanzas de una restauración imposible. La juventud aislada, desconocida en su país, débil, sin vínculo alguno que la uniese y le diese fuerza, se consumía en impotentes votos, y nada podía para sí, ni para la Patria. Tal era la situación.” (En *Ojeada retrospectiva sobre el movimiento intelectual en el Plata desde el año 37*. Publicado en Montevideo. Imprenta de *El Nacional*, 1846).

El propio Echeverría, que rememora estos hechos desde su exilio en la vecina Montevideo, fue el vocero mejor autorizado de esa nueva generación, igualmente distanciada de las facciones federales y unitarias. Cuando regresa a Buenos Aires en 1830 después de cinco años de permanencia en París, se siente abrumado por la situación política que percibe. Con los principios y, desde luego, con los gestos de la retórica romántica de que se impregnó durante su estadía en Francia se recluye en un discreto retiro del que poco a poco logra sustraerlo el relativo eco de sus primeros libros de poemas *Elvira o la novia del Plata* (1832), *Los consuelos* (1834) y la acuciosa amistad de otros jóvenes como Juan Bautista Alberdi (1810-1884) y Juan María Gutiérrez (1809-1878).

La primera manifestación pública de este núcleo generacional se enmarca en la más bien modesta iniciativa del librero Marcos Sastre, que ofreció en el año 1837 un salón de la Librería Argentina para que se expusieran y discutieran en él los grandes temas de la literatura, del arte y del pensamiento. En el mes de junio de aquel año se inaugura entonces el denominado Salón Literario con un acto público en el que hablan Marcos Sas-

→ *clase de Angelis*
tre, Alberdi y Gutiérrez, ante una concurrencia que desvanece las siluetas individuales para destacar la figura de De Angelis, el publicista napolitano que representaba, a todas luces, a la persona del gobernador Rosas.

La presencia de De Angelis en la inauguración del Salón Literario es un hecho cuyo significado excede la simple connotación anecdótica hasta convertirse en clave de las definiciones que buscaban los jóvenes intelectuales reunidos en la librería de Marcos Sastre. Es que éstos no desdenaban el consentimiento de la autoridad de Rosas sino pretendían, incluso, ingresar en la vida pública con su beneplácito. Pocos meses después de inaugurado, expiraba el Salón Literario, pero antes de finalizar el año 1837 los dos jóvenes que desertaron en el acto inicial, Alberdi y Gutiérrez, colaboraban en *La Moda, Gacetín semanal de música, de poesía, de literatura, de costumbres*, cuyo editor responsable era Rafael J. Corvalán, discípulo de Alberdi, hijo del general Corvalán, edecán de Rosas.

En el tercer número de *La Moda*, en un suelto sin firma, se lee la siguiente apreciación sobre el uso de la divisa punzó, símbolo del federalismo: “Esos que, repugnan el color punzó, debieran ver que le lleva en su seno el Pueblo, que es mejor que ellos, y que honra todo lo que toca. Se ha de cerrar los ojos a lo que el pueblo quiera, para ser un buen patriota”; y en el número del 14 de abril de 1838, en la víspera de su extinción, el gacetín recuerda el tercer aniversario de la ascensión de Rosas al poder: “Que los detractores del poder actual se expresen a sus anchas, en el sentido que les dicte su egoísta encono, nosotros no podremos olvidar jamás de que no somos testigos de un acto sólo dirigido a estorbar el desarrollo de los sagrados principios de nuestra regeneración social.

“Un solo hecho, sobre mil, pudieran a este respecto formar su mejor apo-

Echeverría y los unitarios

En la segunda de las cartas que Echeverría dirige a Pedro de Angelis se señala con mucha claridad lo que lo separa a él y a la joven generación de los viejos unitarios que sufrían la derrota infligida por los caudillos:

“Y sabe Vd., señor Editor, por qué critiqué entonces y ahora a los unitarios? Porque en mi país y fuera de él, hay muchos hombres patriotas que están creyendo todavía, que la edad de oro de la República Argentina y especialmente de Buenos Aires está en el pasado, no en el porvenir; y que no habrá, caído Rosas, más que reconstruir la sociedad con los viejos escombros o instituciones, porque ya todo está hecho. Como esta preocupación es nocivísima, como ella tiende a aconsejarnos que no examinemos, que nos echemos a dormir y nos atengamos a los hombres del pasado; como ese pasado es ya del dominio de la historia, y es preciso encontrarle explicación y pedirle enseñanza, si queremos saber dónde estamos y adónde vamos; como por otra parte yo creo que el país necesitará, no de una reconstrucción, sino de una regeneración, me pareció entonces y me ha parecido ahora demostrar que la edad de oro de nuestro país no está en el pasado sino en el porvenir...” (Carta fechada en Montevideo, en marzo de 1847).



Mariano José de Larra

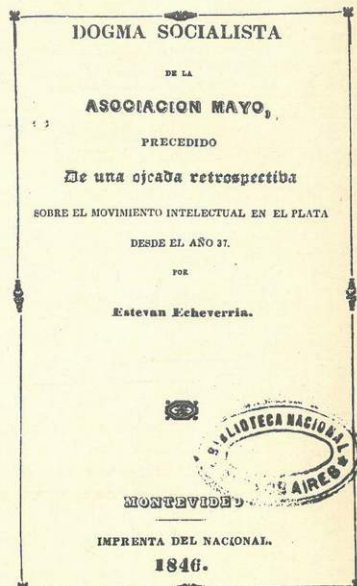
Hay una vena satírico-costumbrista para la que Alberdi parecía singularmente dotado. Las notas que publica en *La Moda* con el seudónimo de Figarillo, en nada desmerecen la penetración y la gracia del émulo español, de aquel Larra que deslumbró —acaso el único entre sus connacionales— a los jóvenes intelectuales de esta parte de América.

logía; y es el admirable progreso inteligente operado en al juventud durante el período de su mando...”

Los puntos de contacto a que tan visiblemente apuntaban actitudes y palabras semejantes no surtieron el menor efecto en el gobernador de Buenos Aires y aun debe suponerse bilidad de entendimiento, porque en el transcurso del año 1838 muchos de las contertulios del Salón Literario, encabezados por Echeverría, Alberdi y Gutiérrez, fundaron la asociación de la Joven Argentina, ya en una suerte de clandestinidad preventiva.

En la noche del 23 de junio, una treintena de jóvenes recibió, entre aclamaciones, las quince “Palabras Simbólicas” presentadas por Esteban Echeverría como programa de la Asociación. El mismo Echeverría se encargó de glosar poco después el contenido de las “Palabras Simbólicas” para que los asociados pudieran discutir con amplitud los fundamentos y los alcances doctrinarios del programa propuesto. El texto de Echeverría, aprobado por unanimidad, cruzó el Río de la Plata en el equipaje personal de Alberdi, el primero de los miembros de la Asociación que optó por el exilio, y fue publicado por él en un periódico de Montevideo el 1º de enero de 1839, con el siguiente título: *Código o declaración de principios que constituyen la creencia social de la República Argentina*. Años más tarde, en 1846, el propio Echeverría reeditó ese texto, también en Montevideo, con el nuevo y definitivo título de *Dogma socialista de la Asociación de Mayo precedido de una ojeada retrospectiva sobre el movimiento intelectual en el Plata desde el año 37*.

Si bien es cierto que ni en la primera ni en la segunda de sus ediciones alcanzó el *Dogma* algún tiempo de resonancia materialmente ponderable, el hecho de que sus páginas alimentaran durante años a un puñado de



Portada de la primera edición del *Dogma Socialista*

rol del Dogma (I) = aglutinar
nombres perdidos

hombres dispersos en las ciudades del interior y en los países vecinos, y de que esos hombres lograran, al cabo de una larga década, la capacidad de decisión política en el más alto nivel nacional, acredita para la obra de Echeverría un importante papel en la historia de las ideas y en el doctrinario político de la Argentina.

El Dogma Socialista. —El *Dogma*, según se anticipó, es una glosa de las quince "Palabras Simbólicas" aclamadas en la primera reunión por los miembros de la Joven Argentina:

—1. Asociación. —2. Progreso. —3. Fraternidad. —4. Igualdad. —5. Libertad. —6. Dios, centro y periferia de nuestra creencia religiosa: el cristianismo, su ley. —7. El honor y el sacrificio, móvil y norma de nuestra conducta social. —8. Adopción de todas las glorias legítimas, tanto individuales como colectivas, de la revolución: menosprecio de toda reputación usurpada e ilegítima. —9. Continuación de las tradiciones progresivas de la revolución de Mayo. —10. Independencia de las tradiciones retrógradas que nos subordinan al antiguo régimen. —11. Emancipación del espíritu americano. —12. Organización de la patria sobre la base democrática. —13. Confraternidad de principios. —14. Fusión de todas las doctrinas progresivas en un centro unitario. —15. Abnegación de las simpatías que puedan ligarnos a las dos grandes facciones que se han disputado el poderío durante la revolución.

En cuanto apareció la edición definitiva del *Dogma*, el publicista Pedro De Angelis, desde Buenos Aires, enderezó los dardos críticos que con ligeras variantes repetiría después toda opinión adversa a la obra de Echeverría. El cargo principal que formula De Angelis es el de la trasposición apresurada y no siempre bien enten-

dida de doctrinas acuñadas por pensadores europeos para explicar y, eventualmente, modificar situaciones específicas de la realidad político-social de Europa. De Angelis menciona a Fourier, Saint-Simon, Considérant, Enfantin. Echeverría se indigna ante el enunciado de esos nombres: "¿Qué puede haber más ridículo y extravagante que semejante deducción de su caletre? ¿Qué otra cosa revela sino la más completa ignorancia de la doctrina de esos filósofos, el charlatanismo más descarado y la falta absoluta de sentido crítico en Ud. para comprender la doctrina de mi libro...?" (*Cartas a Don Pedro De Angelis, editor del Archivo Americano*. Publicadas en Montevideo, en 1847).

Ni tanto ni tan poco. Es probable que deban desecharse algunos de los nombres citados por De Angelis y recordar otros de filiación más segura, como Herder, Leroux, Lamennais, Mazzini. Eran nombres, por lo demás, inevitables en la atmósfera cultural de la época y nada puede parecer tan insensato como la presunción de sustraerse a la influencia de las ideas dominantes y a la seducción de las obras que se imponen por un fuerte efecto de originalidad. Pero en lo que tiene razón Echeverría es en destacar que lo verdaderamente significativo del *Dogma* debe sorprender en la voluntad de aplicar los mejores esquemas conceptuales en la penetración de las leyes que dominan el desenvolvimiento de la historia nacional y en el esclarecimiento de una realidad que se supone singular e intransferible. No importa, por ejemplo, que este supuesto provenga de la concepción de la historia expresada por Herder; interesa que esa filosofía de la historia sirviera para comprender una realidad, para estimarla y para proyectar sobre ella un esquema de sociedad que fructificara con la savia de un suelo natural.

Este esfuerzo de comprensión informa el contenido de las "Palabras Simbó-

Alberdi y el romanticismo

Todos los manuales de historia literaria acreditan para Esteban Echeverría el papel de introductor del romanticismo en el Río de la Plata. El hecho en sí es incuestionable, pero si se lo destaca sin los debidos comentarios se corre el riesgo de omitir una reflexión verdaderamente elemental: que introducir el romanticismo no hubiera significado noticia de mayor importancia si no fuera que el romanticismo encontró en esta parte de América las circunstancias más favorables para su adaptación. La necesidad de crear una literatura que expresara a la nueva sociedad surgida después de la Independencia y la necesidad de repudiar a la literatura que había servido para expresar el orden antiguo, eran dos polos de tensión que trabajaban concertadamente para el éxito del romanticismo. Cuando Echeverría regresó de Francia, en 1830, las condiciones eran tan propicias para la aceptación de la buena nueva del romanticismo que basta reparar en la asombrosa rapidez con que se difundieron los principales postulados de la escuela para advertir el grado de eficacia con que los mismos se impusieron a los hombres más alertas de su tiempo. Echeverría publicó, anónimamente, *Elvira o la novia del Plata*, en 1832, con las primeras y muy tímidas expresiones del romanticismo. Avanzó bastante en *Los consuelos*, de 1834, y sólo en 1837, en *La cautiva*, decidió a utilizar el paisaje y una estética de resonancia estrictamente nacional, de acuerdo con una de las más audaces doctrinas del romanticismo. Señalada esta con el sello de sorpresa, la rapidez con que los primeros discípulos que Echeverría encontró en Buenos Aires entendieron y practicaron las fórmulas románticas. Así Alberdi,

en 1834, es decir, contemporáneamente a Los consuelos, y tres años antes que La cautiva percibe el paisaje regional como un elemento de significación estética y lo incorpora a nuestra literatura. En la Memoria descriptiva sobre Tucumán, no sólo ve la naturaleza como un romántico, con su particular sentido de exaltación y efusividad; también observa y comenta el paisaje y su contexto humano con la perspectiva propia de un romántico:

“Ningún sistema literario hará más progresos en Tucumán que el romántico, cuyos caracteres son los mismos que distingue el genio melancólico. Sentimientos, ideas y expresiones originales y nuevas; pereza invencible que rechaza la estrictez y severidad clásica y conduce a un tierno abandono; imaginación ardiente y sombría. El romántico no ha recibido sus más grandes progresos sino bajo las plumas melancólicas de Mme. Stäel, Chateaubriand, Hugo, Lamartine y muchos escritores sombríos del Norte. Se deja ver esta tendencia en las clases rústicas de Tucumán que, careciendo de cultivo, no se les puede suponer contagio. Sus cantos y versos rudos, todavía están sin embargo, envueltos en una eterna melancolía.”

licas” y el pertinente comentario del *Dogma*. A distancia de las facciones unitarias y federal, estériles ya para el país, Echeverría reconoce en una y en otra, sin embargo, aspectos que pueden rescatarse e incorporarse a un cuerpo de doctrinas que asegure el bien para todos los argentinos.

También desestima la interpretación y el uso que unitarios y federales hicieron de determinadas instituciones y propone un categórico reajuste de las mismas. Así, la democracia representativa, una utopía en la impracticable variante del sufragio universal dispuesta por los unitarios, y un recurso oportunista en manos de un demagogo que supiera explotar la ingenuidad de las masas, debe convertirse en una democracia progresiva, a la que la ciudadanía tendrá acceso a medida que sus diversos sectores acrediten madurez y solvencia para el ejercicio del sufragio. Esta inesperada defensa del voto calificado, en contradicción aparente con las ideas libertarias de Echeverría, es un elocuente indicador de la voluntad de realismo político en que se fundó la elaboración del *Dogma* y de los sacrificios a que arrastró esa actitud realista. Explicándose, Echeverría dijo en la *Ojeada Retrospectiva*: “Rosas tuvo más tino. Echó mano del elemento democrático, lo explotó con destreza, se apoyó en su poder para cimentar la tiranía. Los unitarios pudieron hacer otro tanto para fundar el imperio de las leyes.

“Ser grande en política, no es estar a la altura de la civilización del mundo, sino a la altura de las necesidades de un país.”

El problema religioso pretendió ser resuelto, asimismo, según los dictados de esa concepción realista de la política, sin buscar la exacta coincidencia que al respecto profesaban todos los miembros de la Asociación de la Joven Argentina y retomando, con amplio criterio comprensivo, lo que la tradición nacional ofrecía en materia

religiosa. Echeverría rechaza el frío distanciamiento con que los unitarios consideraron el problema, y rechaza también el excesivo exclusivismo y la protección dispensada por los federales al culto católico. Echeverría se pronuncia por la adopción de un cristianismo revitalizado en sus fuentes evangélicas, cuidando sin embargo de que ningún culto se identifique con la religión oficial del Estado.

Estas y otras consideraciones del *Dogma*, elaboradas con un palmario esfuerzo por ajustar un programa político a una realidad netamente diferenciada, no tuvieron una repercusión exitosa en lo mediato; la tuvieron, en cambio, y con tonalidad profética, aquellas consideraciones destinadas a destacar el carácter inconcluso de la revolución de Mayo y la necesidad de proseguir las instancias abiertas por el proceso revolucionario. En el comentario de la undécima de las “Palabras Simbólicas” Echeverría indica el programa que vendría a ser fundamental para su generación:

“El gran pensamiento de la revolución no se ha realizado. Somos independientes pero no libres. Los brazos de la España no nos oprimen, pero sus tradiciones nos abruma.

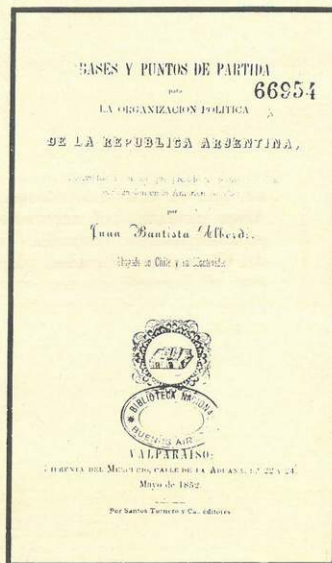
“... La emancipación social americana solo podrá conseguirse, repudiando la herencia que nos dejó la España y concretando toda la acción de nuestras facultades al fin de constituir la sociabilidad americana.

“La sociabilidad de un pueblo se compone de todos los elementos de la civilización; del elemento político, del filosófico, del religioso, del científico, del artístico, del industrial.”

Los desarrollos del pensamiento echeverriano. —Este ambicioso programa comprometió los esfuerzos de la generación de Echeverría y requirió una respuesta para cada uno de los

elementos de la sociabilidad enunciados en el *Dogma*. No todas las respuestas, desde luego, alcanzaron los presupuestos de una verdadera emancipación de las tradiciones hispánicas; hasta podría asegurarse, desde una estricta perspectiva histórica, que sólo en el plano político y en el artístico se logró un avance en el proceso emancipador. En lo artístico, fue el propio Echeverría el más caracterizado vocero de la urgencia por dotar a los recursos expresivos del arte nacional de un repertorio de signos desvinculado en lo posible de todas las adherencias debidas al común acervo español. Al estudiarse la obra literaria de Echeverría ya se ha visto que al introducir el romanticismo en el Río de la Plata dio un paso más allá del que podría atribuirse a la mera importación de una escuela literaria, y que en *La cautiva*, publicado en 1837, plasmó el modelo de lo que debía entenderse por una literatura nacional, abierta a la naturaleza, a la historia y a las tradiciones específicas nacionales. Sabemos que *La cautiva*, por supuesto, vale más como intención y programa que como literatura, pero es indudable que de ella arranca el gran debate que toda su generación sostuvo sobre la concepción del nacionalismo literario y, muy particularmente, sobre la necesidad de utilizar la obligada herencia, del idioma español rompiendo los frenos prejuiciosos y las actitudes reverenciales que recordaran, de alguna manera, la antigua sumisión colonial.

En el plano político, fueron Sarmiento y Alberdi los hombres que desarrollaron con mayor lucidez la propuesta embrionaria del *Dogma*. El primero aportó con el *Facundo* (1845) un análisis de la sociedad argentina del que se desprendía la esterilidad de pensar en fórmulas políticas que desconocieran los resortes de ese mecanismo social; el segundo sistematizó en las *Bases y puntos de partida para la organización política de la Repu-*



Portada de la primera edición de las Bases

con fundadores del Dogma

El pensamiento argentino y la emigración

Echeverría, a diferencia de sus amigos Alberdi y Gutiérrez que optaron rápidamente por el exilio en cuanto advirtieron el cerco policial que Rosas tendía a sus actividades, se resistió a esa determinación por algún tiempo, razonando de la siguiente manera: "No hay cosa más triste que emigrar. Salir de su país por satisfacer un deseo, por realizar una esperanza, para estudiar la naturaleza del hombre en una tierra distante de que nacimos, es sentir una conmoción indefinible de dulce melancolía en ese viaje voluntario... Pero salir de su país violentamente, sin quererlo, sin haberlo pensado, sin más objeto que salvarse de las garras de la tiranía, dejando a su familia, a sus amigos bajo el poder de ella, y lo que es más, la Patria despedazada y ensangrentada por una gavilla de asesinos, es un verdadero suplicio, un tormento que nadie puede sentir, sin haberlo por sí mismo experimentado. ¿Y a dónde vamos cuando emigramos? No lo sabemos. A golpear las puertas al extranjero; a pedirle hospitalidad, buscar una patria en corazones que no pueden comprender la situación del nuestro, ni tampoco interesarse por un infortunio que desconocen y que miran tan remoto para ellos como la muerte. La emigración es la muerte morimos para nuestros allegados morimos para la Patria, pues que nada podemos hacer ellos." Tema fundamental de la emigración de un grupo es de lectuales y publicistas de Rosas. Buenos mejor literatura fue eso.

por hombres que masticaron por más de una década su nostalgia del país, y que transmitieron a sus obras el amor y también el odio que se mezclaban en la ingrata situación del exilio. Uno de los aciertos que sobreviven a la Historia de la literatura argentina (1917-1922) de Ricardo Rojas, el primer intento verdaderamente ambicioso emprendido para organizar los materiales de nuestro pasado literario, fue el de encabezar con la designación de Los proscriptos el capítulo dedicado a recoger y valorar la rica literatura escrita por los autores argentinos en el extranjero, desde los comienzos de la tiranía rosista, hasta mucho después de la batalla de Caseros en 1852.

blica Argentina (1852) las doctrinas que harían viables la modificación y el desarrollo de aquella sociedad.

Alberdi. — Juan Bautista Alberdi, que nació en Tucumán el mismo año en que el Cabildo abierto de Buenos Aires prendió el reguero de la gesta emancipadora, estudió en el Colegio de Ciencias Morales de esta ciudad con el beneficio de una de las seis becas otorgadas por el gobierno de Rivadavia a las provincias del interior. Las condiciones de carácter, los rasgos de inteligencia y sensibilidad singularizaron pronto su figura en la sociedad porteña, y cuanto se conoce de su primera juventud contribuye a suponer que poseía las aptitudes necesarias para brillar en el sofisticado mundo de las tertulias y en la mesurada palestra de las peñas intelectuales. El duro tiempo en que le tocó vivir le permitió vislumbrar apenas el escenario óptimo para el desenvolvimiento de aquellas cualidades: el paso por las aulas universitarias, las efímeras reuniones del Salón Literario, la no menos efímera experiencia periodística de *La Moda*, tal o cual furtiva incursión en las modestas tertulias de Buenos Aires, de Tucumán, de Córdoba. Luego las reuniones secretas de la Joven Argentina y un exilio voluntario que inició a los 28 años de edad y que se prolongó, salvo una breve interrupción, posterior a 1879, hasta la muerte, acaecida en París en el año 1884.

Alberdi, con ejemplar honradez, dijo en una oportunidad que su larguísimo exilio no podía ser confundido ni con el ostracismo ni con el destierro. Sin embargo, el carácter voluntario de su alejamiento no disminuyó jamás la preocupación por los sucesos de su patria, y fuera de las obligaciones profesionales no apareció nunca en su ánimo otro interés predominante que el que le suscitaban las noticias

de su lejano país. Escribió incesantemente y casi todo lo que salió de su pluma remite al comentario de los grandes problemas nacionales o se propone concretamente como una fórmula de solución para los mismos. De un manejo conceptual y de una información más segura que la de Echeverría, Alberdi llevó las apreciaciones doctrinarias del *Dogma*, a menudo tan ambiguas y diluidas, a un rigor de estilo y a una entonación de claridad rotunda. Menos apasionado que Sarmiento, más predispuesto que el autor de *Facundo* a admitir las rectificaciones de la experiencia y los resultados de una constante actitud reflexiva, Alberdi culminó la labor de la generación aglutinada por el ideal inicial de las "Palabras Simbólicas" con una obra que es un modelo de lucidez y de equilibrio.

Los 8 volúmenes de las *Obras completas* (1886-1887, Buenos Aires, Imprenta de *La Tribuna Nacional*) y los 16 volúmenes de los *Escritos Póstumos* (1895-1901, Buenos Aires, Imprenta Europea) son la monumental expresión de esa obra. Algunos de sus títulos: *Memoria descriptiva sobre Tucumán*, *Fragmento preliminar al estudio del Derecho*, *Cartas quillotanas*, *Peregrinación de "Luz del Día" o viaje y aventuras de la verdad en el Nuevo Mundo*, *El crimen de la guerra*, se han desgajado del resto para reclamar un más atento interés de los lectores y asumir, con la frecuente injusticia que la posteridad infiere a los autores, la representación de la totalidad de su obra. Y otro título se alza aún entre los enunciados hasta reducirlos a una discreta penumbra, tan circunstancial como seguramente arbitraria: *Bases y puntos de partida para la organización política de la República*, opúsculo escrito en Chile inmediatamente después de la derrota de Rosas en Caseros (1852) con el manifiesto propósito de inspirar una carta constitucional que pudiera ser utilizada en la feliz coyuntura de la victoria.



Tertulia en 1840 (Claudio Gay)

Alberdi después de Caseros. Elección y parábola de la soledad.

Los años del exilio que Alberdi compartió, primero en el Uruguay y luego en Chile, con la generación asimilada a las ideas fundamentales del liberalismo doctrinario y a los supuestos de una lucha frontal contra la tiranía de Rosas, tienden a crear una imagen inadecuada de su evolución política, con posterioridad a la caída de Rosas, y estimulan el frecuente equívoco de mencionar su nombre junto al de Sarmiento y al de Mitre, como si una unidad monolítica de acción y de pensamiento los amalgamara a todos.

Apenas producida la victoria de Caseros, Alberdi, contra el parecer de casi todos los proscriptos, destacó en la figura de Urquiza la garantía de orden necesaria para cubrir el vacío de poder que dejaba el alejamiento de Rosas, y la garantía política imprescindible para llevar a cabo los postulados realmente decisivos del Dogma. Ya se ha visto que fue con esta idea que redactó el texto de las Bases, apresurándose en enviar ejemplares a Urquiza, su evidente destinatario.

También se ha hecho notar que las simpatías urquicistas de Alberdi despertaron la violenta reacción de Sarmiento y el desahogo de la durísima crítica que ambos protagonizaron. Alberdi quedó registrado en las páginas de la historia y una y en las cartas quillotanas.

Roto así el acuerdo con la mayoría de los hombres de su generación, el destino político de Alberdi fue separándose más y más, aislándose, convirtiéndose insensiblemente en el gesto y en el índice de un solitario fiscal acusador.

Pero debe pensarse que en el momento de redactar las Bases (1852), Alberdi tenía solo 42 años, y que transcurrirían desde entonces otros 32 años de espléndida madurez intelectual hasta el desenlace de su muerte en París, en 1884, y que este simple cómputo exige que más de la mitad de su vida pública deba evaluarse desde una perspectiva distinta a la que suele emplearse, sin gran análisis, para juzgar al conjunto de la generación de los proscriptos.

En un comienzo, Alberdi no aceptó ningún ofrecimiento oficial del vencedor Urquiza para que sus Bases no resultaran sospechosas de oportunismo. Dos años después, en cambio, recibe en Chile los despachos que lo acreditan como embajador plenipotenciario de la Confederación, y desde 1855, durante el lapso en que la Confederación enfrenta con éxito a la rebelde Buenos Aires, desplegará una notable tarea diplomática ante los gobiernos europeos directamente vinculados con los intereses argentinos. En Buenos Aires, mientras tanto, ocupaban el comando político muchos de sus antiguos compañeros de exilio, y fue natural entonces que la animosidad, anticipada ya en la polémica chilena con Sarmiento, fuera agrandando la distancia entre el ausente Alberdi y los gestores de la política abiertamente antiurquicista. Después de la batalla de Pavón, el paradójico repliegue de Urquiza significó el triunfo de los hombres de Buenos Aires y



Juan Bautista Alberdi



el eclipse definitivo de la virtualidad política de Alberdi.

El autor de las Bases fijó su residencia en Europa, y desde ella siguió con ojo avizor las alternativas del proceso político argentino, denunciando, implacablemente, lo que juzgaba errores y hasta aberraciones del grupo dirigente. La guerra del Paraguay, descripta como una concesión a los intereses imperialistas del Brasil, y las sangrientas represiones dispuestas por los gobiernos de Mitre y de Sarmiento para acallar los últimos focos del caudillismo y de las autonomías provinciales, fueron los grandes temas que ocuparon por más de 10 años la pluma del ex diplomático. Lo incisivo y áspero de sus juicios acabaron por trastocar viejas y nuevas simpatías. De su parte se ubican los políticos y los intelectuales embanderados en la defensa de las autonomías provinciales y los que impugnan el nuevo orden de cosas establecido desde el repliegue de Urquiza; pocos de entre ellos lo conocían personalmente, y la influencia debió ejercerse a través de los libros y de la prensa periódica. Los viejos amigos, por lo contrario, con pocas excepciones, se convierten en sus más inflexibles adversarios. La batalla, desde luego, era muy desigual, y no cuesta ningún esfuerzo imaginar el desgaste del luchador solitario, del hombre que prefirió el mirador objetivo del exilio al espeso reclamo de la realidad política, en sus aspectos domésticos y cotidianos. Los vencedores de Caseros, los que prevalecieron de Urquiza, usufructuaban el prestigio del poder y sus enormes recursos: el frío veredicto de los hechos les inclinaba su favor.

Ernesto Quesada visitó a Alberdi en

París, en 1879, y registró el cuadro patético de un anciano desesperanzado y sombrío: "Yo he dejado de ser, soy una sombra que espera la muerte. El martirio que he sufrido, pocos lo comprenderán: usted mismo no tiene aún la experiencia suficiente para sospecharlo.

No conozco entre nosotros hombre alguno a quien sus contemporáneos hayan hecho víctima de igual ferocidad y calculada crueldad". (La figura histórica de Alberdi, Buenos Aires, 1919).

Y no fue suficiente que el país gestado bajo las presidencias de Mitre y Sarmiento empezara a escapárseles de las manos a sus constructores. Bajo la presidencia de Avellaneda, y bajo la presión de numerosas rogativas, Alberdi decidió poner término a su exilio de 40 años y regresó a la Argentina para asumir el cargo de diputado nacional por Tucumán. Es cierto que su actuación pública no fue demasiado feliz ni brillante —40 años no pasan en vano—; pero es cierto también que las hondas expectativas del regreso regresó no fueron satisfechas en absoluto. Sarmiento se reconcilió públicamente con él; el nuevo presidente, general Roca, le demostró gran estima; algo había enrarecido, sin embargo, en torno de su figura pública; un imponderable recelo remitía siempre a su actuación en el pasado, avivaba el encono de tanto juicio lapidario, de tanta frase cáustica que virtió en la prensa y en los libros.

Pronto debió convencerse Alberdi de que su partida no le tenía reservada ni misión ni refugio dignos de sus años y de sus servicios.

Volvió a Francia, y la ^{el} Banco donde tenía depositados sus ahorros cercó de la mayor pobreza los últimos años de su vida.

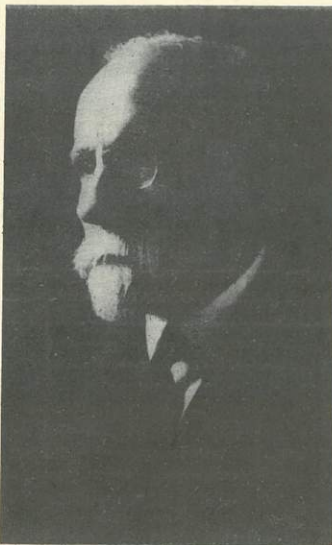
Alberdi, autor de Bases, obra que ha presidido la evolución y desarrollo de la vida institucional argentina, tuvo también actitudes polémicas en la política nacional, principalmente durante la guerra de la Triple Alianza, conflicto que no apoyó.



Entrevista de Mitre con el mariscal López en Yataiti-Corá, en 1866, durante la guerra de la Triple Alianza

Las Bases. — Las *Bases*, como se sabe, inspiraron francamente la redacción de la Carta constituyente de 1853, y en la medida en que la vida institucional argentina se ha desarrollado desde entonces en los términos condicionantes de la misma, el texto de Alberdi y el nombre de Alberdi aparecen indisolublemente ligados a la particular dinámica que se atribuye a los preceptos constitucionales de 1853. Para bien y para mal, Alberdi es casi siempre juzgado por este libro, y este libro es casi siempre juzgado desde el mirador con que se juzga la imagen del país posterior a la época de su redacción. El elogio exaltado y la diatriba revolotean entonces, con pesada insistencia, en la retina del lector que pretende una lectura objetiva del texto. Es difícil olvidar que Groussac calificó las *Bases* de “evangelio sórdido de la hartura y del engorde a cualquier precio”, y es difícil olvidar que un estadista probó como Avellaneda advertía en el mismo libro el evangelio del progreso y de la grandeza argentina.

Es necesario, por lo pronto, situar la lectura de las *Bases* en el contexto histórico en que vio la luz y desandar escrupulosamente todas las etapas que condujeron a su elaboración. Allí está, en el trasfondo del cuadro, un país anarquizado, sometido a la lucha de facciones más o menos domésticas, asfixiado por la extensión del territorio, por el escasez de habitantes, por el estancamiento económico. Para la visión historicista de hombres formados en las bibliotecas del romanticismo, las fórmulas políticas que rigen una sociedad surgen de la propia naturaleza de ésta, y es imprescindible entonces atender a la modificación de esa naturaleza. Las empecinadas luchas de federales y unitarios debían ceder el paso a un sistema de gobierno que conciliara las tendencias centralistas de unos con las tendencias localistas de otros. Producida esa conciliación en las fórmulas, el nuevo



Paul Groussac



Nicolás Avellaneda

En la línea crítica iniciada por De Angelis, tal vez el más despiadado juicio emitido sobre la información filosófica y política de Echeverría, tal como ésta se manifiesta en el Dogma, se debe a la pluma de Paul Groussac: “Si se quitara al Dogma todo lo que pertenece a Lammenais, Leroux, Lerminier, Mazzini e tutti quanti, solo quedarían las alusiones locales y los solecismos”. (Crítica literaria, 1924.)

A diferencia de la mayoría de los proscriptos, que subvenían a sus necesidades con el ejercicio inestable del periodismo, de la educación o de las armas, Alberdi utilizó su profesión de abogado, y durante su larga permanencia en Chile, obtuvo de su bufete profesional una seguridad económica, no común entre los otros emigrados. Esta seguridad debió contribuir, innegablemente, a facilitar el gesto del que se ufana en las Cartas quillotanas: el no haber aceptado jamás ninguno de los cargos públicos que le fueron ofrecidos.

gobierno no debía atender fundamentalmente a los males que habían hecho posibles las guerras civiles, la anarquía y la pobreza. "Gobernar es poblar", dirá Alberdi con esa precisión que fue gala de su pensamiento y de su estilo. La frase, con la estupefacción virtualidad de un *slogan* político, logró transmutar la fisonomía del país en el curso de tres o cuatro décadas, abriendo las puertas de la inmigración a uno de los más gigantes contingentes humanos registrados en la historia moderna. El resultado del programa político exime en este caso el comentario sobre la eficacia y la oportunidad de la frase en el que el mismo se condensara. Más desvalidas de apoyo histórico, otras frases de Alberdi quedan sobrenadando en el texto, como si su falta de gravedad les negara un afincamiento real:

"La libertad es una máquina que, como el vapor, requiere para su manejo maquinistas ingleses de origen. Sin la cooperación de esa raza es imposible aclimatar la libertad y el progreso material en ninguna parte.

"Crucemos con ella nuestro pueblo oriental y poético de origen, le daremos la aptitud del progreso y de la libertad práctica, sin que pierda su tipo, su idioma ni su nacionalidad.

"Será el modo de salvarlo de la desaparición como pueblo de tipo español, de que está amenazado México por su política terca, mezquina y exclusiva."

A veces, por lo contrario, otros enunciados producen la incomodidad de ciertas confesiones íntimas en las que la admisión de la realidad se encrespa en manifestaciones demasiado próximas al cinismo:

"Y ante los reclamos europeos por inobservancia de los tratados que firméis, no corráis a la espada ni gritéis: ¡Conquista! No va bien tanta susceptibilidad a pueblos nuevos, que para prosperar necesitan de todo el mundo.

Cada edad tiene su honor peculiar. Comprendamos el que nos corresponde. Mirémoslo mucho antes de desnudar la espada; no porque seamos débiles sino porque nuestra inexperiencia y desorden normales nos dan la presunción de culpabilidad ante el mundo en nuestros conflictos externos; y sobre todo porque la paz nos vale el doble que la gloria.

"La victoria nos dará laureles; pero el laurel es planta estéril para América. Vale más la espiga de la paz, que es de oro, no en la lengua del poeta, sino en la lengua del economista."

Es probable que la desazón que provocaba en un espíritu cultivado el espectáculo de un país cada vez más ajeno al ritmo de las naciones valoradas como progresistas alimentara el urgente reclamo que se advierte en estos pensamientos de Alberdi. Es probable también que el autor de las *Bases* fuera llevado a esos excesos por la necesidad de convencer en el más breve plazo, por medio de los recursos más efectistas, a los hombres que usufructuaban la victoria de Caseros y tenían en sus manos la posibilidad de convertir esa victoria en un nuevo 25 de Mayo, en un nuevo punto de partida para recuperar las cuatro décadas empleadas en el penoso ejercicio de la discordia civil. No debe olvidarse, por lo demás, que la sustancia doctrinaria que se vierte en los pensamientos citados no correspondía, estrictamente, a una concepción original del redactor de las *Bases*, y que el beneplácito con que el texto fue recibido en su momento proyecta la responsabilidad de sus juicios a una esfera apreciablemente más amplia. Que el texto de las *Bases* es un texto condicionado, presionado por objetivos de inmediata necesidad política lo demuestra la comprobación de que algunos de los temas desarrollados en él merecieron diverso tratamiento en otras páginas de Alberdi. Véase, por ejemplo, el tema

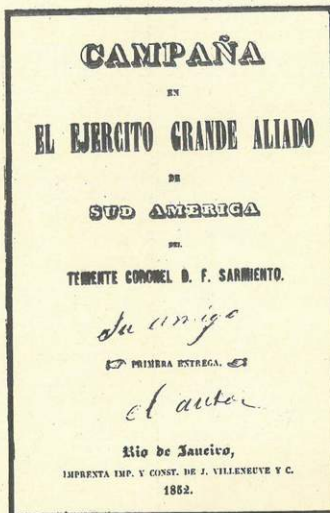


Emigrantes con destino al Río de la Plata en 1886 (dibujo de Tofani). En esa época la frase de Alberdi "gobernar es poblar" alcanza una real vigencia.

En el periodo romántico, varios de los escritores argentinos desterrados sostuvieron entre sí polémicas que de alguna manera resumieron los problemas ideológicos del momento. La más célebre, sin duda, fue la de Alberdi y Sarmiento, el primero con las *Cartas quillotanas*, el segundo con *Las ciento y una*.



Domingo Faustino Sarmiento, con el uniforme que llevaba en la batalla de Caseros



Portada de la primera edición de la *Campaña del Ejército Grande*

del desierto, tan enfáticamente destacado en las *Bases* como clave del enigma político argentino. El desierto es aquí una descripción, un repertorio estadístico, un concepto lineal sobre el que se asienta la justificación de determinadas normas jurídicas y doctrinas constitucionales: "¿Qué nombre daréis, qué nombre merece un país compuesto de doscientas mil leguas de territorio y de una población de ochocientos mil habitantes? Un desierto. ¿Qué nombre daréis a la Constitución de ese país? La Constitución de un desierto. Pues bien: ese país es la República Argentina; y cualquiera que sea su Constitución no será otra cosa por muchos años que la Constitución de un desierto."

La polémica con Sarmiento: las *Cartas Quillotanas*. — Pero en el mismo año en que Alberdi escribía apresuradamente el texto de las *Bases*, una clara provocación contenida en la dedicatoria a la *Campaña en el Ejército Grande*, de Sarmiento, lo obligaría a volver sobre éste y sobre casi todos los temas que habían alimentado el interés de los proscriptos durante quince años. Sarmiento había regresado a Chile, poco después de la batalla de Caseros, desencantado por el curso de los acontecimientos y por la impermeabilidad de Urquiza a la influencia de los intelectuales que volvían del exilio. Particularmente receloso del nuevo hombre fuerte que podía cubrir, por sí solo, el vacío de poder creado por la derrota de Rosas, Sarmiento no tardó en declararse hostil al caudillo entrerriano, y con su habitual impetuosidad trató de sumar a esa causa el mayor número de voluntades. La *Campaña en el Ejército Grande* fue el primer esfuerzo serio emprendido en esa nueva cruzada, y no satisfecho con enfrentar en él a la imagen de Urquiza, trató de for-



Justo José de Urquiza (daguerrotypo en el Museo Histórico Nacional)

zar la ruptura de los que simpatizaban con los procedimientos y las actitudes del gobernador de Entre Ríos.

Alberdi, el más decidido partidario de Urquiza entre los argentinos que aún permanecían en el extranjero, era el blanco ideal para la polémica, y allí apuntó el seguro instinto batallador de Sarmiento: dos páginas insertas como insidiosa dedicatoria al propio Alberdi, en el libro en el que se procuraba, abiertamente, deslucir la figura de Urquiza.

Esta chispa encendió una polémica auténticamente memorable para la historia de nuestra literatura política. Las *Cartas sobre la prensa y la política militante en la República Argentina*, fechadas en Quillota, en enero de 1853, son la respuesta de Alberdi a la provocativa dedicatoria de Sarmiento. *Las ciento y una* es el título que registra la réplica de Sarmiento al opúsculo de Alberdi, habitualmente designado como *Cartas quillotanas*. El material que ofrecen ambas obras no agota, ni con mucho, la onda de irradiación polémica que despertó entre los exiliados argentinos la presencia de Urquiza en el poder, ni recoge cuanto testimonio el intercambio de opiniones entre Sarmiento y Alberdi; constituyen, sin embargo, una ajustada síntesis del tono y de los argumentos utilizados a lo largo de toda la polémica, y el lector puede acudir a ellas con la seguridad de manejar las fuentes principales. En la plenitud de la madurez intelectual, con una larga experiencia en la literatura política, los dos escritores pulsaron en este debate no sólo la capacidad expresiva necesaria como para sostenerlo en un permanente nivel de interés, sino también la resistencia de los esquemas conceptuales con que uno y otro habían interpretado o interpretaban todavía la realidad nacional.

Sarmiento había publicado *Facundo* en 1845, es decir, ocho años antes de iniciada la redacción de las *Cartas*

La polémica del romanticismo en Chile

Si, como se sostiene en una de las definiciones más agudas, el romanticismo es la expresión literaria del liberalismo, no puede provocar sorpresa el cuadro ofrecido por la literatura argentina a partir de la tercera década del siglo XIX, con sus poetas y narradores ganados al mismo tiempo por el desborde de la escuela romántica y por los postulados ideológicos que propugnaban la libertad en todas las esferas de la actividad humana.

No por casualidad, entonces, dentro del grupo de escritores argentinos exiliados al finalizar esa década, habrían de encontrarse los naturales defensores de la nueva escuela, en cuanto entraron en contacto con ambientes donde la vivencia del mundo clásico y el conservadurismo político respiraban vigorosa salud. En Chile, los argentinos Vicente Fidel López y Sarmiento protagonizaron así una interesante y vivacísima polémica en la que los opuestos romanticismo-clacisismo fueron apuntalados y zarandeados con el repertorio de argumentos y denuestos de las típicas querellas que no pueden alcanzar nunca solución de continuidad.

La polémica, considerada intrínsecamente, no parece tener entonces un excesivo valor para la historia literaria, salvo si se toma en cuenta un factor cronológico nada desdeñable, y las variantes de definición que

proponen los escritores. La polémica tuvo lugar en el año de 1842, y tanto López como Sarmiento contraponen el romanticismo al clacisismo, sin embargo, que el propio romanticismo es ya una escuela del

pasado, una manera y una expresión que han agotado su ciclo. A la influencia del romanticismo se debe, según López, el que "la literatura que hoy producen los pueblos adelantados del siglo, debe clasificarse como una literatura que a la vez se inspira del arte y de la sociedad", y esa pretensión de "hacer entrar la poesía y el arte al servicio de la mejora moral de los pueblos". Sarmiento aventura un paso adelante, y propone una definición para la escuela que sigue al romanticismo, y con la que los escritores jóvenes se sienten identificados: "El romanticismo era, pues, una verdadera insurrección literaria como las políticas que le han precedido. Ha destruido todas las antiguas barreras que se creían inamovibles, lo ha revuelto y destruido todo. Pero no construyó nada tampoco, y desapareció el día que concluyó su tarea. ¿Quién le ha sucedido en el lugar que dejó desamparado? ¿Quién aspira al menos a sucederle? El socialismo, perdonémos las palabras; el socialismo, es decir, la necesidad de hacer concurrir la ciencia, el arte y la política al único fin de mejorar la suerte de los pueblos, de favorecer las tendencias liberales, de combatir las preocupaciones retrógradas, de rehabilitar al pueblo, al mulato y a todos los que sufren. De esa escuela puso en Francia la piedra primera Béranger, combatiendo por el pueblo; y en España, Bretón de los Herreros que ha combatido en el teatro a los carlistas, a las preocupaciones retrógradas, hablando en un nuevo lenguaje que adopta hoy la literatura que no arroja de las tinieblas la corrupción popular, las costumbres vulgares del pueblo". ¿Vadavia, la élite pueden recibirlo. Fue así, según dijo, el del romanticismo, Después de Balzac, ningún porteño me Rosas, anoche, con de la Confederación.

de Quillota y siete antes de la edición de las *Bases*; y aunque el debate, en principio, gira en torno del pronunciamiento de Urquiza, el fuerte carácter personal con que carga Sarmiento sus críticas determina una no menos marcada impregnación de actitudes personales en Alberdi. Es así como en las *Cartas quillotanas* se introduce una agria semblanza del autor de *Recuerdos de provincia* y una severa, y por momentos agudísima, puntualización crítica de toda su obra. El *Facundo*, singularmente, le facilita a Alberdi una requisitoria de las ideas y doctrinas profesadas por Sarmiento, en la época de su redacción, para contrastarlas con las ideas y doctrinas que éste postulaba después de la caída de Rosas. En esa requisitoria, Alberdi se encuentra con uno de los temas que hicieron célebre al libro de Sarmiento: el tema del desierto y su influencia en la sociabilidad argentina, y aprovecha entonces la oportunidad para proponer su propia interpretación de ese fenómeno, complementando las referencias casi apriorísticas que se advierten en el texto de las *Bases*. Alberdi cuestiona la pareja de conceptos propuesta en el *Facundo*, "ciudad y campaña", como asimilables a los conceptos "civilización y barbarie". Si la campaña es asiento de una civilización detenida en las formas del siglo XII europeo, como dice Sarmiento, también las ciudades muestran numerosos signos de un enorme rezago cultural, como el propio Sarmiento, en contradicción con su tesis central, debió admitir en los rasgos con que describe la ciudad de Córdoba, tan importante entonces como la ciudad de Buenos Aires y con una mayor tradición de cultura. Y en sentido inverso, si las ciudades han fracasado en la realización de muchos de los grandes ideales revolucionarios, ha sido la campaña la que ha servido de sostén y la que ha confirmado con su esfuerzo la bondad de aquellos ideales.

"Ud. pone en los campos la edad media y el antiguo régimen español, y en las ciudades el siglo XIX y el moderno régimen.

"La vista nos enseña que no es así. La colonia, es decir, la edad media de la Europa, estaba en los campos y estaba en las ciudades, lo mismo que había existido en Europa. La revolución a su vez, se decir, el siglo XIX de la Europa, invadió todo nuestro suelo, abrazó los campos y las ciudades. De ambas partes salieron los ejércitos que conquistaron la independencia. Las ciudades dieron infantes, los campos caballerías. Los gauchos nunca han sido realistas después de 1810.

"...La política que no sepa apoyarse en nuestros campos para resolver el problema de nuestra organización y progreso, será ciega, porque desconocerá la única palanca que hace mover este mundo despoblado. Dominar el desierto sin el hombre del desierto, ¿es cosa que tenga sentido común? Siempre que veáis en Sud América otra cosa que un mundo despoblado, incurridéis en error.

"No achaquéis a los campos la anarquía. Ella ha sido hija de la revolución que ha dividido campos y ciudades.

"La localización de la civilización en las ciudades y la barbarie en las campañas, es un error de historia y de observación, y manantial de antipatías artificiales entre localidades que se necesitan y completan mutuamente. ¿En qué país del mundo no es la campaña más inculta que las ciudades?"

Cuestionada la tesis del *Facundo* en lo que ésta tiene de evidente exageración y esquematismo, Alberdi propone su propia tesis interpretativa:

"Si fuese preciso localizar el espíritu nuevo y el espíritu viejo en Sud América, la simple observación nos haría ver que la Europa del siglo XIX, atraída por la navegación, el comercio y la emigración, está en las provincias del litoral, y el pasado más par-



Catedral de Córdoba (litografía de Pallière, 1858)

Alberdi y Rosas

En octubre de 1857, Alberdi visitó a Rosas, en Londres, como enviado diplomático de la Confederación Argentina. La semblanza que ofrece de aquella visita es, por muchos conceptos, memorable: "Anoche conocí a Rosas. Consentí en encontrarme con él en casa de Mr. Dickson, por sus actuales circunstancias. Procesado sin discernimiento, ni derecho, quise protestar en cierto modo contra eso, tratándole. Su actitud respetuosa a la nación y a su gobierno nacional me han hecho menos receloso hacia él.

...Al verle le hallé más viejo que lo que creía, y se lo dije. Me observó que no era para menos, pues tenía sesenta y cuatro años. Al ver su figura toda, le hallé menos culpable a él que a Buenos Aires por su dominación, porque es la de uno de esos locos y medianos hombres en que abunda Buenos Aires, deliberados, audaces para la acción y poco juiciosos. Buenos Aires es el que pierde de concepto a los ojos del que ve a Rosas de cerca. ¿Cómo ha podido este hombre dominar ese pueblo a tanto extremo? —es lo que uno se repite dentro de sí al conocerle.

...Me dijo que no había sacado plata de Buenos Aires, pero, sí, todos sus papeles históricos, en cuya autoridad descansaba. El dice que guarda sus opiniones sin perjuicio de su respeto por la autoridad de su nación. Recordé que él no había echado a

Ri- ni hubiera rehusado a Viamonte, tierra de aquél. re, ha tratado mejor que o a representante Argentina."

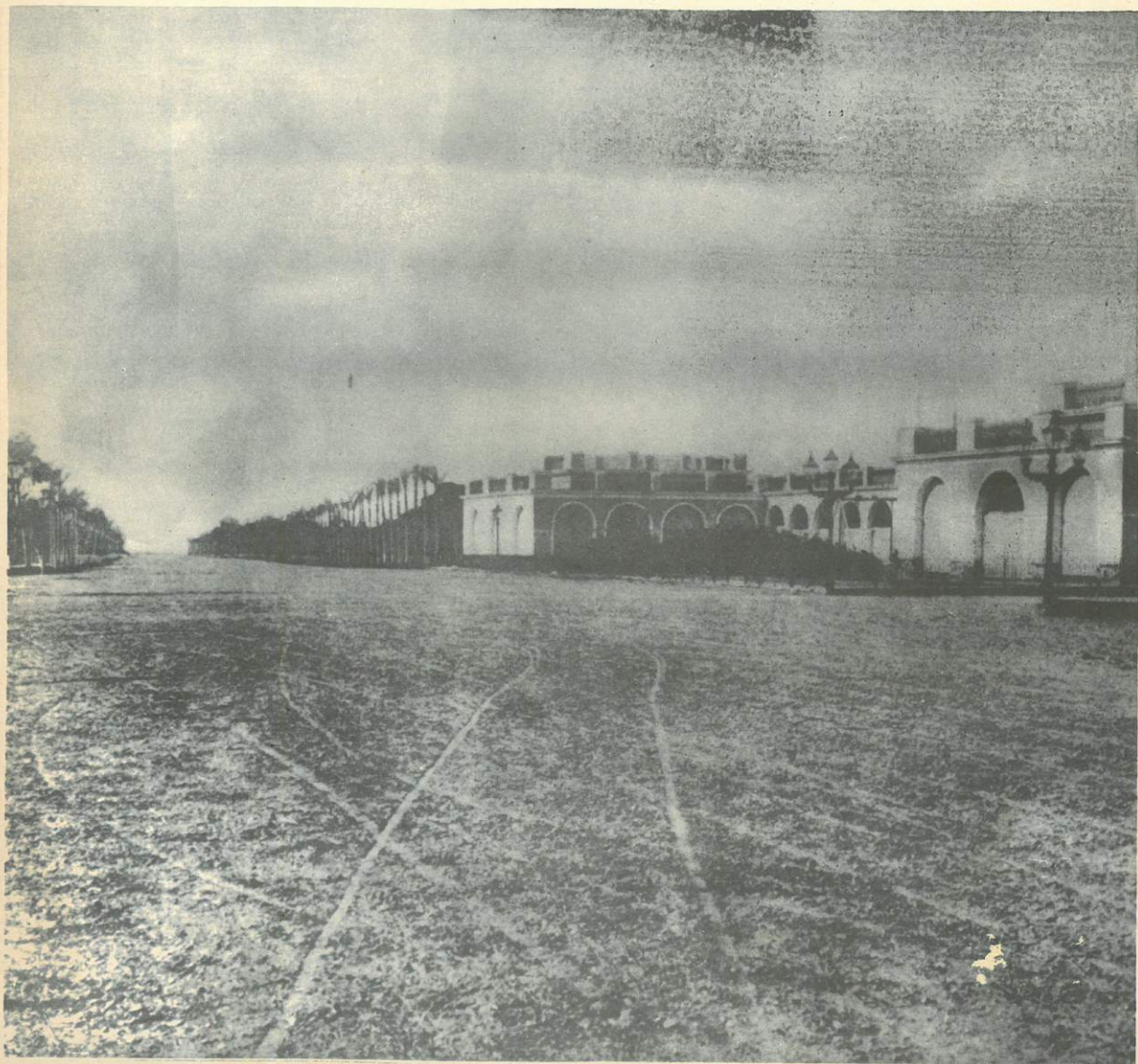


Juan Manuel de Rosas
en Southampton, en 1875

ticularmente en las ciudades mediterráneas. Esto se comprende, porque se ve, toca y palpa."

Alberdi no desarrolla esta tesis y se limita a remitir al lector a lo que parece simple materia de observación. A la distancia de un siglo, sin la presión de los acontecimientos que interfieren en una correcta evaluación de los hechos, la tesis de Alberdi se nos impone como más acertada, más abarcadora y comprensiva que la dicotomía "ciudad y campaña" expuesta en el *Facundo*. Menos brillante también, menos sugeridora para la caracterización de fenómenos aislados, corresponde cabalmente a la actitud reflexiva del autor, atenta siempre al resultado de experiencias decantadas en el reposo intelectual, y dispuesta siempre a emitir el juicio que penetra la realidad y anuncia su curso más seguro.

Desde el punto de vista literario, las *Cartas quillotanas* revelan uno de los momentos verdaderamente felices del Alberdi escritor. La parsimonia, el laconismo, la cautelosa frialdad de una pluma habituada a la retórica judicial se movilizan aquí con una pasión interior que no desmiente jamás el deliberado propósito de desmenuzar la obra y la figura de Sarmiento hasta convertirlos en añicos. Comparar el texto de las *Cartas quillotanas* con el de *Las ciento y una* de Sarmiento es, por cierto, uno de los ejercicios más apasionantes que propone la literatura argentina del siglo XIX. Sarmiento, desbordado, vehemente, utiliza su prosa como una maza para destruir al enemigo. Alberdi se escuda en una objetividad ascética para considerar los hechos en cuestión y contraataca con una sutil dialéctica envolvente: transcribe párrafos del epistolario y de las obras de Sarmiento, los contrapone a otros, deja que, insensiblemente, el propio Sarmiento levante su irrevocable acta de condena. Un modelo de construcción literaria y una estrategia impecablemente cumplida.



La casa de Rosas en San Benito de Palermo

Bibliografía

Básica

Romero, José Luis, *Las ideas políticas en Argentina*, México, Fondo de Cultura Económica, 1946.

Levene, Ricardo, *Historia de las ideas sociales argentinas*, Buenos Aires, Espasa-Calpe, 1947.

Dogma socialista y otras páginas políticas, Buenos Aires, Ediciones Estrada "Clásicos Argentinos", 3ª edición, 1958.

Dogma socialista, Prólogo de Alberto Palcos, Universidad Nacional de La Plata, 1940.

Bibliografía particular

Sobre Echeverría (Se mencionan sólo las obras que analizan el pensamiento de Echeverría y su labor doctrinaria.)

García Mérou, Martín, *Ensayo sobre Echeverría*, Buenos Aires, 1894.

Groussac, Paul, *Estudios literarios*, Buenos Aires, José Menéndez, editor, 1922.

Palcos, Alberto, *Echeverría y la democracia argentina*, Buenos Aires, 1940.

Cháneton, Abel, *Retorno a Echeverría*, Buenos Aires, 1944.

Horas, Plácido Alberto, *Esteban Echeverría y la filosofía política de la generación en 1837*, San Luis, Universidad Nacional de Cuyo, 1950.

Agosti, Héctor P., *Echeverría*, Buenos Aires, Editorial Futuro, 1951.

Halperín Donghi, Tulio, *El pensamiento de Echeverría*, Buenos Aires, Editorial Sudamericana, 1951.

Palacios, Alfredo L., *Esteban Echeverría, albacea del pensamiento de Mayo*, Buenos Aires, 1951.

Sobre Alberdi

García Mérou, Martín, *Alberdi, Ensayo crítico*, Buenos Aires, 1890.

Groussac, Paul, "Las bases y el desarrollo constitucional", en *Estudios de historia argentina*, Buenos Aires, 1918.

Alberini, Coriolano, "La metafísica de Alberdi", en *Archivos de la Universidad de Buenos Aires*, t. IX, 1934.

Orgaz, Raúl A., *Alberdi y el historicismo*, Córdoba, 1937.

Rojas Paz, Pablo, *Alberdi, el ciudadano de la soledad*, Buenos Aires, 1941.

Palacios, Alfredo L., *Alberdi, constructor en el desierto*, Buenos Aires, 1941.

Popolizio, Enrique, *Alberdi*, Buenos Aires, 1946.

Canal Feijóo, Bernardo, *Alberdi. La proyección sistemática del espíritu de Mayo*, Buenos Aires, 1960.

Mayer, Jorge, *Alberdi y su tiempo*, Buenos Aires, EUDEBA, 1963.

Ediciones:

Se citó en la página 298 la edición de las *Obras completas* y de los *Escritos póstumos*. Se recomienda, para el manejo de los textos mencionados con mayor frecuencia en este trabajo: Alberdi, Juan Bautista, *Bases*. Edición prologada por Clodomiro Zavalla, y *Cartas quillotanas*, Edición prologada por Horacio Zorraquín Becú, ambas pertenecientes a la Colección Clásicos Argentinos de la Editorial Estrada, de Buenos Aires.

Bibliografía general

Rojas, Ricardo, *La literatura argentina. Ensayo filosófico sobre la evolución de la cultura en el Plata*. Buenos Aires, Editorial La Facultad 1917-1922, 4 v. Edición 4ª, Buenos Aires, Kraft, 1957, tomos V-VI, *Los proscriptos*.

Historia de la literatura argentina, dirigida por Rafael Alberto Arrieta, Buenos Aires, Peuser, 1958, tomo II. Colaboración de Rafael Alberto Arrieta, *Esteban Echeverría y el romanticismo en el Plata*; *Las letras en el destierro*. Ricardo Sáenz Hayes, *Juan Bautista Alberdi*.

Korn, Alejandro, *Influencias filosóficas en la evolución nacional*, Buenos Aires, Claridad, s/f.

Ediciones:

Obras completas de D. Esteban Echeverría (ordenadas por Juan María Gutiérrez), Buenos Aires, Casavalle, 1870-1874, 5 v. En el volumen 5º se incluyen trabajos sobre Echeverría de Juan María Gutiérrez, Pedro Goyena, Florencio Varela, Bartolomé Mitre, Juan Bautista Alberdi y Gregorio Vic- tor Amunátegui.



Zarzuela del Teatro Colón, en Buenos Aires - Pallière.

Este fascículo, con el libro
EL ENSAYO ROMANTICO (selección),
 constituye la entrega nº 13 de **CAPITULO**

Precio del
 fascículo
 más el libro: \$ **150**

CAPITULO

La historia de la literatura argentina

Todas las semanas aparece una nueva entrega, que consta de un fascículo y un libro. Cada fascículo da un panorama completo de un autor o un período; el libro correspondiente da una obra completa o una antología representativa de dicho autor o período. Los fascículos en su conjunto constituirán la "Historia de la literatura argentina" propiamente dicha; los libros constituirán la "Biblioteca Argentina Fundamental". La obra íntegra —Historia más Biblioteca— se publicará en 56 semanas. He aquí el plan de la obra.

ENTREGA	FASCICULO	LIBRO
1	Introducción: Los orígenes	Martín Fierro - J. Hernández - 192 págs.
2	Introducción: El desarrollo	La gallina degollada y otros cuentos - H. Quiroga - 128 págs.
3	Introducción: Los contemporáneos	El perseguidor y otros cuentos - J. Cortázar - 144 págs.
Primera parte		
4	Epoca colonial: del Renacimiento al Barroco	Los fundadores - Antología - 96 págs.
5	Epoca colonial: la Ilustración y el Seudoclasicismo	La literatura virreinal - Antología - 120 págs.
6	La época de Mayo	La lira argentina - 96 págs.
7	Nacimiento de la poesía gauchesca	Cielitos y diálogos patrióticos - Hidalgo - 80 págs.
8	La época de Rosas y el romanticismo	La época de Rosas - Antología - 120 págs.
9	Echeverría y la realidad nacional	El matadero y La cautiva - Echeverría - 120 págs.
10	El nacimiento de la novela: Mármol	Amalia (primera parte) - Mármol - 400 págs. (Vol. Esp.)
11	El nacimiento de la crítica: J. M. Gutiérrez	Amalia (segunda parte) - Mármol - 300 págs.
12	La prosa romántica: memorias, biografías, historia	Memorias del General Paz - Selección - 120 págs.
13	El ensayo en la época romántica	El ensayo romántico - Antología - 108 págs.
14	El ensayo: Domingo Faustino Sarmiento	Facundo - Sarmiento - 200 págs.
15	Desarrollo de la poesía gauchesca	Santos Vega - Ascasubi - Fausto - Del Campo - 108 págs.
16	José Hernández: el Martín Fierro	Escritos en prosa - Hernández - 92 págs.
17	La segunda generación romántica: la poesía	Versos románticos - Antología de Gutiérrez y Andrade - 120 págs.
18	Lucio V. Mansilla	Una excursión a los indios ranqueles (primera parte) - L. V. Mansilla - 320 págs. (Vol. Esp.)
19	La generación del ochenta: las ideas y el ensayo	Una excursión a los indios ranqueles (segunda parte) - L. V. Mansilla - 240 págs.
20	La generación del ochenta: la imaginación	La gran aldea - Lucio V. López - 160 págs.
21	La "prosa ligera" y la ironía: Cané y Wilde	Juvenilia - Cané - 124 págs.
22	El naturalismo: Eugenio Cambaceres	Sin rumbo - Cambaceres - 144 págs.
23	Los últimos románticos	Antología poética - Guido y Spano y Obligado - 96 págs.

FASCICULOS QUE APARECERAN POSTERIORMENTE:

Segunda parte: 24. La vuelta del siglo: Almafuerte - 25. El modernismo - 26. Leopoldo Lugones - 27. Modernismo y narrativa: Enrique Larreta - 28. Realismo y picaresca: Roberto J. Payró - 29. Modernismo y naturalismo: Horacio Quiroga - 30. Ricardo Güiraldes - 31. El teatro en la vuelta del siglo: Florencio Sánchez - 32. El teatro: Gregorio de Laferrere - 33. La poesía en el avance del siglo - 34. Feminismo y poesía: Alfonsina Storni - 35. La poesía de Enrique Banchs - 36. Fernández Moreno: el sencillismo - 37. Realismo tradicional: narrativa urbana - 38. Realismo tradicional: narrativa rural - 39. El movimiento de **Martín Fierro** - 40. Florida y la vanguardia - 41. Boedo y el tema social - Tercera parte: 42.

La novela moderna: Roberto Arlt - 43. Madurez del teatro: Samuel Eichelbaum - 44. El ensayo moderno: Ezequiel Martínez Estrada - 45. La crítica moderna - 46. Intelectualismo y existencialismo: Mallea - 47. La novela experimental: Marechal - 48. La narrativa fantástica: Borges - 49. La poesía: la generación del 40 - 50. La poesía social después de Boedo - 51. Desarrollo de la narrativa: la generación intermedia - 52. La generación intermedia en teatro: los teatros independientes - 53. La generación del 55: los narradores - 54. Las nuevas promociones: el ensayo - 55. Las nuevas promociones: la novela; la poesía - 56. Índice general.

Oportunamente se suministrarán portadillas con títulos de tomos y capítulos para que los fascículos puedan encuadernarse. La Dirección se reserva el derecho de sustituir cualquiera de los títulos anunciados.

Para el material gráfico del presente fascículo, se ha contado con la cortes colaboración del Archivo Gráfico de la Nación, del Museo Mitre, y de la colección particular de Vicente Gessualdo.